

Relaciones entre Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez

Por Ricardo GULLÓN

Durante años Juan Ramón planeó la publicación de un librito cuyo título sería: *Cartas y versos a Juan Ramón Jiménez*, por Rubén Darío. Es más, en la relación de volúmenes integrantes de la "Biblioteca de Definición y Concordia" de *Índice* figura el tal librito relacionado con el número 6. En los ejemplares del número 7 (*Presagios*, de Pedro Salinas) puede comprarse la exactitud del dato.

Había de ser el volumen uno de los varios en que intentaba reunir correspondencia y textos que documentaran la relación de Juan Ramón con los escritores más destacados de la época. En tal serie figurarían, por ejemplo, tomos en los cuales recogería cuanto se refiriese a su amistad con Antonio y Manuel Machado, Villaespesa, los Martínez Sierra... Aunque en forma incompleta, algunos de esos proyectos he intentado llevarlos a cabo no hace mucho.

En el curso 1954-55 el profesor Donald F. Fogelquist, antiguo amigo de Juan Ramón y colega de Zenobia en la Universidad de Miami, se trasladó a Puerto Rico para continuar sus investigaciones juanramonianas al lado del poeta. Recuerdo bien a Fogelquist y su decepción de entonces al comprobar que la enfermedad de Juan Ramón (parte de ese tiempo muy decaído y nervioso, hospitalizado incluso) le impedía comunicar con él con la intensidad deseable. Pero al menos logró autorización para llevar a cabo el proyecto durante tantos años planeado por Jiménez: la edición de las cartas de Rubén Darío.

En el número 13 de los *Hispanic American Studies*, de la Universidad de Miami, correspondiente a febrero de 1956, se insertó el texto preparado por Fogelquist con el título de *The literary collaboration and the personal correspondence of Rubén Darío and Juan Ramón Jiménez*. Se hizo tirada aparte del trabajo, en folleto de cincuenta y seis páginas, dividido en cinco partes: estudio preliminar de Fogelquist; cartas de Rubén y Juan Ramón; ciento treinta notas a la correspondencia identificando personas, obras y lugares mencionados en ella; bibliografía y apéndices, constituidos por la reproducción de cuatro autógrafos de Rubén. Las cartas del gran nicaragüense fueron copiadas de los originales que Juan Ramón Jiménez regaló a la Biblioteca del Congreso de Washington, años después que (según afirmaba) cierto director de la Biblioteca Nacional, de Madrid, rechazara el donativo de las mismas.

Así, respecto a las cartas de Darío, Fogelquist dispuso de las regaladas a la Biblioteca del Congreso; en cuanto a las de Jiménez reprodujo las que Alberto Ghirardo recopilara en el curioso y a ratos desbarajustado *Archivo de Rubén Darío*, pero advirtió que existían otras, por entonces inaccesibles. Una de éstas apareció recientemente en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico, en un legajo de papeles varios. Está fechada el 8 de septiembre de 1911 y le correspondería el número 29 bis en la serie publicada por Fogelquist, compuesta por treinta de Rubén y por diez de Juan Ramón, alguna de éstas incompleta.

Se habla en ella de *Mundial*, el "magazine" que Rubén Darío dirigió en París. Según advertirá el lector en la fotocopia adjunta, bajo el membrete de la carta figuran como administradores de la revista los que en realidad eran sus propietarios, Alfredo y Armando Guido, acaudalados uruguayos que atrajeron al autor de *Prosas profanas* con promesas luego incumplidas o cumplidas parcialmente. *Elegancias* era una revista "femenina", gemela de *Mundial*, publicada también por los hermanos Guido.

Odas seculares es el famoso libro de Lugones, publicado en 1910, y *Cabezas* el volumen de Rubén en que se recopilaron artículos suyos sobre "Pensadores y artistas" y "Políticos". En él se incluye la admirable crónica (antes impresa en *España contemporánea*) escrita para *La Nación*, de Buenos Aires, el 30 de mayo de 1899 con ocasión de la muerte y entierro de Castelar. Ésta es la página en que Juan Ramón señaló varias veces la influencia de José Martí, y es sin duda un ejemplo característico del estilo "modernista". En *Cabezas*, se juntan estudios sobre Benavente, Rodó, Nervo, Lugones, Gómez Carrillo, Octavio Picón, Alfonso XIII..., pero no figura entre ellos nada relativo a Juan Ramón, según se anuncia en la carta que estoy comentando.

Es en *Tierras solares* donde hallaremos un artículo de Rubén, "La tristeza andaluza", dedicado a Juan Ramón Jiménez al aparecer *Arias tristes*. Debe recordarse también que *Ninfeas* lleva como "Atrio" el soneto de Rubén que empieza: "Tienes, joven amigo, ceñida la coraza..." y que en los *Cantos de vida y esperanza*, la sección titulada *Los cisnes*, integrada por cuatro extraordinarios poemas, está dedicada a Juan Ramón Jiménez, que por encargo del autor cuidó la edición (realizada en la Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, de Madrid, en el año 1905) y en compensación recibió como magnífico regalo el manuscrito de la obra, luego donado por él a la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, junto con las cartas de Darío.

He aquí el texto de la carta de Rubén, no incluida en el epistolario publicado por Fogelquist:

Septiembre 8 de 1911

Sr. D. Juan R. Jiménez

Moguer

Querido amigo:

Infinitas ocupaciones, que son hoy una continua preocupación para mí, me impiden escribirle con la frecuencia que quisiera. Todavía no está bien organizado Mundial y lucho con los dueños para que esto valga la pena intelectualmente, hasta donde sea posible en un "magazine". Sus versos aparecerán pronto, bien decorados. — No le he enviado la fotografía, porque no tenía una de mi gusto y reciente. Dentro de unos días se la remitiré. Estoy en espera de la suya. — Supongo recibirá Mundial y Elegancia con regularidad. — Envíeme prosas y versos. — Aunque estos señores pagan tan mal como en España, algo es algo. Siquiera tiene uno para libros y revistas. Hágame á este respecto cualquier encargo.

Leí todos sus versos. Siempre admirables, llenos de alma y de música. Yo haré de V. pronto un juicio concentrado, en una serie que publicaré con el nombre de Cabezas.



Rubén Darío — "callado, voluminoso, estatuario"

Lugones le saluda. Publicó sus Odas seculares. Pero ¿no tiene ejemplares! Hay que pedir eso á Buenos Aires.

Deséole fuerza contra las dolencias, voluntad de vida, y que crea siempre en su viejo amigo,

R. Darío.

En la Sala Zenobia-Juan Ramón, clasificados en la carpeta rotulada *Mi Rubén Darío* (título de un libro nunca escrito) hay dos hojas a máquina, corregidas por Juan Ramón Jiménez. Una de ellas lleva en la parte alta, margen izquierdo, el nombre de Rubén Darío, seguido, entre parentesis de las palabras: "Cartas de R. D. a mí", y más abajo de la indicación autógrafa: "Notas". Estas líneas son notable muestra de las curiosas noticias y observaciones que el poeta hubiera llevado a su libro.

Con mi ciego entusiasmo de muchacho, le había propuesto a Rubén Darío que sus magníficos Cantos de vida y esperanza y mis fugaces Jardines lejanos salieran juntos. A él, que comprendió sin duda el sentimiento que me movía y sabiendo que yo sabía poner cada cosa en su lugar, le agradó la idea.

En aquella época, tan distinta de ésta, los más jóvenes, Antonio y Manuel Machado y yo, por ejemplo, sabíamos dar su lugar verdadero a los maestros (Unamuno, Rubén Darío, Valle Inclán, Azorín) tal vez por la seguridad que teníamos en el porvenir; y ellos, sabiéndolo, estaban a gusto entre nosotros. Así pues, Rubén Darío se obligó a terminar su libro grande y maduro y este libro y mis jóvenes Jardines verdes y amarillos salieron al mismo tiempo. Algo bueno hubo en esto y es que quizás Rubén Darío, muy descontento ya de sí mismo en esa época como se manifiesta en las cartas que escribe se decidió a formar el libro.

Querido y muerto gran poeta.

El otro fragmento conservado entre los papeles juanramonianos es una preciosa e intencionada estampa, gemela, según creo, de las que pueden leerse en *Valle Inclán, castillo de quema* y en *Recuerdo al primer Villaespesa*. Por la calidad del papel y el tipo de la máquina utilizados diríase que fue escrita en Madrid, hacia 1930-1935. El estilo es el de los retratos y caricaturas de *Españoles de tres mundos*. Compare el lector la página copiada a continuación con el espléndido retrato de Rubén "monstruo marino", inserto en este libro. La hoja a que ahora me refiero no tiene título, y únicamente lleva al margen superior izquierdo la indicación: "Mi Rubén Darío", indicadora de la serie a que corresponden. Con lápiz rojo figura la palabra "Borrador", y con el mismo están hechas las correcciones y añadimientos. El texto completo es el siguiente:

Estación del Norte. Madrid. Solitaria. Los árboles que siempre me presentan a Rubén Darío. Un único paseante, cursi, entallado, d'annunziano, en la soledad del andén y la hora. Sospecho que espera a Rubén Darío.

Rápido de París. Poca gente. Rubén Darío. Presentación. Con su bondad: "J.R.J., el gran poeta de Arias tristes". "Vargas Vila, que... es... también... un gran poeta." Boca torcida de V. V.

Simón. Cuesta de San Vicente. Vargas Vila discute solo todo el tiempo. Su voz cascada, gangosa, odiosa, falsa, sobre el tartalamiento del coche. Su cuello de cartón, cuchí su bigotito de tres pares de pelos para arriba, sus botas derecha, izquierda, puntiagudas de charol amarillo y gamuza blanca, su plastrón rosado, asfixiante. Danunzianismo villaespésico sudamericano. Yo siento que me hace daño el almuerzo comido de prisa para llegar a la estación. Náuseas, subfiebre. Rubén Darío callado, voluminoso, estatuario, sonríe y calla.

Hotel Inglés. Cuarto interior. Vargas Vila, con la voz más odiosa que es dado oír en la vida, meloso a la vez, a Rubén Darío: "Usted es el sol de Nicaragua". Rubén Darío, vacilando y abriendo una maleta: "Usted... es... usted, y cuando no... Víctor Hugo o D'Annunzio". Vargas Vila se inclina reverente: "Gracias, gracias".

Rubén Darío pide whisky. Saca de la maleta un rollo oficial. Me dice que viene a discutir con Vargas Vila una cuestión de fronteras de sus países respectivos. Llega el whisky. Comprendo que es el momento de retirarme. Salgo.

Quiero advertir al lector que en el primer párrafo, donde he transcrito: "los árboles que siempre me presentan", pudiera leerse también: "que siempre me traen" o "que siempre me vuelven", pues, siguiendo un hábito de comparación muy arraigado, Juan Ramón escribió primero el verbo seleccionado por mí, y a lápiz puso arriba "traen" y abajo "vuelven".

Como apéndice de estos tres documentos inéditos, publico las olvidadas cartas de Juan Ramón Jiménez sobre el proyectado monumento a Darío, en Madrid. Son un curioso recuerdo de

la época en que asuntos literarios, o relacionados con la literatura, podían suscitar apasionamientos y cóleras que hoy sólo logran provocar los políticos y sociales. Su "actualidad", por desgracia, me parece evidente.

A continuación incluyo el discurso, no publicado en México, hasta ahora, pronunciado (creo que recogido en cinta magnetofónica) por Juan Ramón Jiménez en el acto de la botadura del buque Rubén Darío, de la Marina de los Estados Unidos, en Savannah (Estado de Georgia), el 21 de junio de 1944. Dar a un barco el nombre del poeta nicaragüense fue decisión adoptada por las autoridades norteamericanas como testimonio de admiración y homenaje a los pueblos de Hispanoamérica, representados por el gran poeta.

APÉNDICES

1

CONTRA Y POR RUBÉN DARÍO

Madrid: 27-octubre-1923

Sr. Director de España:

Mi querido amigo: le agradeceré mucho a usted, que, si no ve inconveniente en ello, tenga la bondad de publicarme en su revista la carta siguiente.

Suyo afmo.,

Madrid: 25-octubre-1923

Sr. D. J. L. Pando Baura:

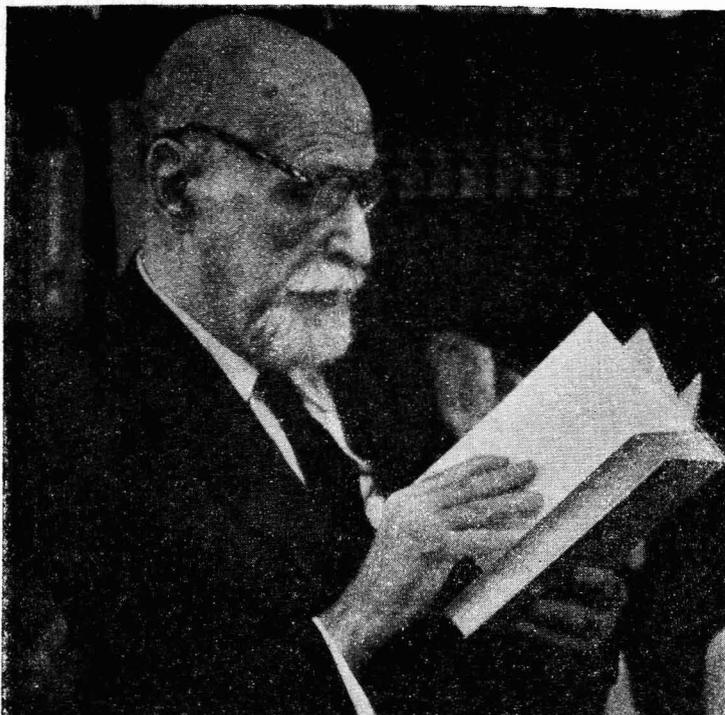
Junta Suprema del Patronato del Primer Congreso de Juventudes Hispanoamericanas.—Secretaría: Excmo. Ayuntamiento de Madrid (España).

Muy señor mío: he recibido su atenta carta circular del 22 del corriente, en la que me invita usted a aceptar mi designación para vocal de la Junta que ha de entender en la erección de un monumento, en Madrid, a Rubén Darío.

Agradezco profundamente el honor que me hacen usted, esa "Juventud Hispanoamericana y las personalidades adheridas a la idea"; pero lamento tener que decirle que no me son gratos estos negocios de hispanoamericanismo de oficio, liceo y junta suprema, y que, por lo tanto, me es imposible aceptar designación tan honrosa para mí en sí misma y más con la compañía de los variados señores que constituyen dicha Junta: —Presidente: Armando Palacio Valdés. —Vocales: Azorín, José Ortega y Gasset, José María Salaverría, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, E. Gómez de Baquero, Eduardo Marquina, Emilio Carrere, Luis de Tapia, Antonio Espina, Antonio de Hoyos y Vincent, Enrique de Mesa, R. Goy de Silva, Adolfo Cuenca, José de la Cueva. —Secretario: J. L. Pando Baura.—

La ¿popularidad? que, desde los últimos años de su vida, arrastra diariamente a Rubén Darío de un lado absurdo a otro vano, nace, por desdicha del poeta, de aquellas vagas concesiones de su turbio ocaso, que sería más piadoso borrar para siempre con una oscura noche limpia. La jente toda, con motivo o sin él, viene cojiendo, hace diez o doce años, al bondadoso y grande americano —como otro día a nuestro pobre andaluz Bécquer— para lugar común constante —cita, parodia— de una ridícula, barata farsa de gloria. ¡No, no más! Si el poeta, al final de su traqueteada y triste existencia, cayó un poco —por sinrazones sólo disculpables "en él", que tanto tenía de razón alta— en ciertos nauseabundos beleños de patriotería, academicismo y compadreo fácil, la obligación de quienes lo admiramos de veras es no hundirlo más —con la pesada mortaja de un uniforme que él se puso a veces, inconscientemente, como un niño— en ellos; sino levantarlo, en una purificación de respetuoso "olvido transitorio", hasta que quede únicamente de él lo que no puede nunca entrar en carroza de cartón ni velada de encrucijado Ateneo, a una música celestial... de plafón con semimusas.

En cuanto a la idea concreta del monumento: el Rubén Darío que tenemos la ineludible deuda de perpetuar en esta España que tales pruebas le mereció de exaltación y cariño, no puede ser —insisto, porque será necesario insistir mucho en esto— ese Rubén Darío tan manoseado por ahí, de revista cuché y latina de modas, turné de ballena indefensa, postal, álbum, abanico y ¡ay! prólogo de compromiso diplomático o periodístico; cantor vicioso que correspondería a un bloque nefasto de esos que van cayendo sobre Madrid; sino el otro, mejor, el "uno", arisco y desnudo, de la mar, la carne y el cielo; "presencia" que se evadirá ¡no lo dudéis! de glorietas de quita y pon, de encostados y machuchos pedruscos "de la raza", de procesiones cívicas, de amparos de comedia. Y éste lo que anda pidiendo a gritos divinos es... edición seria y cuidada, lectura tranquila en ella, ¡no más empalagosa imitación!, y gozo ardiente, recogido.



Juan Ramón Jiménez — “dar su verdadero lugar a los maestros”

Estoy seguro de que doy alegría a la sombra tolerante de mi inolvidable amigo y maestro no interviniendo en favor de este asunto monumental. Si hay quienes piensen como yo, me declaro dispuesto a formar parte con ellos de una agrupación contra “ese” monumento y por el otro: la edición perfecta, sólida, sencilla, definitiva, que digo, de su obra buena.

Usted, Sr. Pando Baura, me perdonará, y con usted esa “Juventud Hispanoamericana y esas personalidades adheridas”, si con esta carta contrario los intereses de ustedes; pero he creído que mi deber era escribirla y publicarla. Si en otra cosa más de acuerdo con mi modo de sentir y pensar puedo servirle, cuente con su afmo. y muy reconocido s.s.q.b.s.m.,

2

CON EL “ÚNICO” RUBÉN DARÍO

Madrid: 17-diciembre-1923

Señor Director de España.

Mi querido amigo: unas palabras más sobre este desagradable negocio del Monumento a Rubén Darío:

Estoy contento de haber conseguido mi propósito, que era: 1º, sacar a luz un asunto que se llevaba solapadamente —y con intención muy distante de la glorificación de un poeta— entre personas que no es posible que hayan nunca podido comprender, ni sentir, y que es seguro que no han “leído” jamás a Rubén Darío; y 2º, evidenciar que no aceptaban su designación para el consabido Comité, determinados escritores cuyos nombres se pretendía que sirvieran de espejo con que coger la buena fe de hispanoamericanos y españoles.

Creo que no es preciso añadir que mi intervención se limitaba a la parte “estética y ético-estética” de la cuestión. “Lo demás”, que necesariamente había de derivarse de mi alerta, no es de mi competencia; y aun cuando pienso que, por dignidad de España, deviera definirse de una vez ese turbio hispanoamericanismo que nos envuelve año tras año, y que la juventud sana es la llamada a llevar a cabo la empresa, me parece que mientras existan América y España y vividores generales españoles e hispanoamericanos —los nombres de los de hoy están en todas las bocas—, seguirá todo, por desgracia, en la misma confusión que hasta aquí.

Pido perdón a los mejores lectores de España de haberles llevado, sin culpa mía, a leer conceptos que, por la diferente calidad y condición de las personas que han andado en el asunto, era inevitable, a lo menos, que se escribieran, y que sabía yo de antemano que habría que soportar; de los cuales —¡pero nunca arrepentido de mi intervención, que repetiré en cada momento en que la considere justa!— me siento, como poeta y como español, profundamente avergonzado.

Suyo afmo.,

3

PALABRAS EN LA BOTADURA DEL “RUBÉN DARÍO”

En su oscuro año penúltimo, 1915, Rubén Darío, el mayor poeta hispanoamericano, entregado ya del todo, con 49 terribles

años de vida, a su destino adverso, pasaba por este Atlántico, frente a estas costas de Georgia, camino a su Nicaragua, su León y su término. En febrero de 1916, viniendo yo de España a América, ya en las nieves de Terranova, el cable nos dio la noticia de su cese material.

Hoy, 29 años después, un barco norteamericano, un “Liberty Ship” que ostenta en su costado el nombre mágico, abre en Savannah las aguas atlánticas que traen y llevan las Américas con España, la tan amada del poeta nicaragüense, toma posesión de un mar nuestro, nace al mar, animado de este nombre que es hoy un ser lírico glorioso: RUBÉN DARÍO.

Quién nos hubiera dicho a él y a mí, hace 40 años, cuando yo, invitado poéticamente por él subí de Andalucía a Madrid, que hoy, con motivo de la botadura de este “Liberty Ship”, distinguido por la Marina de los Estados Unidos, de modo tan romántico, tendría yo el honor de saludar en español a mi gran amigo y maestro desde Washington: Español amigo de todas las hermosas Américas, yo que traté tanto a Rubén Darío siendo yo un muchacho que quería ser poeta y él un poeta maduro en la mejor riqueza de su obra, pienso que acaso ninguna gloria mundana hubiera significado más para él (con el profundo sentido que el cantor de la *Oda a Teodoro Roosevelt* y para todos debiera suponer este nombramiento) que ser el titular de un buque del país de dos de sus más grandes admiraciones líricas, Edgar Allan Poe y Walt Whitman; dos nombres de un norte a los cuales el suyo de un centro está ya equiparado para siempre. Rubén Darío tuvo de los Estados Unidos, en su juventud y en su madurez, antes y después de conocerlos, una visión primero legendaria y luego un poco convencional. En su soneto a Whitman, del libro *Azul*, apoyado sin duda en la crónica más cercana de José Martí, el soñador cubano ejemplar, los versos

anuncia, en el futuro tiempo mejor.

Dice al águila, “¡Vuela!” “¡Boga!” al marino.

respondían intuitivamente a los versos a España del poeta de Manhattan

No creas que te olvidamos, materna.

¿Por qué te retrasaste tanto? ¿Se cerraron sobre ti las
nubes otra vez?

Pero tú te apareciste, tú misma, ante nosotros. Te
conocemos,

nos has dado una prueba suprema, nos has dejado
entreverte.

Tú esperas allí, como en todas partes, tu momento.

Y, más tarde, en el prólogo de *Prosas profanas*, saluda al grande y dulce poeta gris con esta línea concisa: “Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”.

El atormentado Poe significó para Rubén Darío el atormentado, esa ilusoria ala femenina ideal, con Leonor, del pensamiento amoroso, que, en medio de la enorme masa presente de sensual carne venusina, nunca le abandonó el espíritu. El “con Psiquis, mi alma” de Poe, lo transforma en “Divina Psiquis, dulce mariposa invisible”. Después viene su cristiana *Oda a Roosevelt*:

Creo
que el progreso es erupción;

luego, las visiones de una New York de contraste, vaguedad de viajero desde una ventana de hotel; y al fin, anulado ya el poeta como hombre, la nostalgia de un desconocimiento perdido, desde un hospital a una borda hacia abajo, a la deriva.

Rubén Darío fue ante todo y siempre un poeta marino. Lo mejor de su obra está hundido, bañado, mecido o salpicado de mar. Yo escribí una imagen de Rubén Darío, periodista del mar, almirante lírico, embajador de Venus. Y tengo o tuve una fotografía de Rubén Darío (que me dio Alfonso Reyes, el mexicano completo, constante exaltador del rico nicaragüense) vestido de teniente de navío o capitán de fragata, con “Venus bella”, su “reina rubia” divina humana, en la frente, como una señal del universo.

Me complazco ahora, en mi imaginación, en embarcar a Rubén Darío, vestido de blanco, como en la fotografía, en el “Liberty Ship” que lleva su fastuoso nombre. Que con el poeta en su puente, salga al Atlántico el buque y sea saludado por los coros de delfines y recibido al anoecer por esta Venus, “luciente tembladora”, de junio. Y que este nombre RUBÉN DARÍO sea benéfico para el buque, para el uso del buque y para el espíritu y el cuerpo de quienes lo tripulen y quienes lo manden desde más alto puesto, todos bajo el signo del cristiano poeta nicaragüense. Así sea.